

DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 18, 6-9): *Tu pueblo esperaba la salvación.*

Salmo (32, 1 y 12.18-19.20 y 22): *«Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad»*

2ª lectura (Hebreos 11, 1-2.8-19): *La fe es fundamento de lo que se espera.*

Evangelio (Lucas 12, 32-48): *Donde está vuestro tesoro, allí está vuestro corazón.*

La Palabra de Dios nos sitúa en el mismo contexto estos últimos domingos: Jesús está subiendo a Jerusalén y está instruyendo a sus discípulos. Nos recuerda que somos el rebaño de Dios que *«ha tenido a bien darnos el reino»*. Pero ser ciudadanos del Reino lleva consigo una exigencia, que hoy el Señor la centra en el desprendimiento, la vigilancia y la fidelidad.

El evangelista escribe a cristianos de ciudades como Corinto, dónde las riquezas contrastaban la pobreza más absoluta, por eso recuerda que la actitud del discípulo no puede ser el seguir el ejemplo de los poderosos de este mundo, sino que el seguidor de Jesús debe buscar la justicia y la solidaridad y tener siempre en cuenta la Palabra del Señor: *«Donde está tu tesoro allí está tu corazón»*. Por ello la pregunta que tenemos que hacernos es ¿Dónde tenemos nuestro tesoro? Si nuestro tesoro es el ejercicio vivo de la caridad, sin seguir a los poderosos de este mundo, entonces tendremos ese *«tesoro inagotable en el cielo»*.

Esta actitud de solidaridad, de caridad para con los demás no puede ser solo para una temporada, sino que abarca toda la vida del discípulo, no podemos desfallecer en la misión, por ello tenemos que estar siempre vigilantes sin ceder a la tentación, por ello nos dice el Señor: *«Estad preparados, porque a la hora que menos penséis, viene el Hijo del Hombre»*.

Esta expresión no la tenemos que entender como miedo o amenaza, sino advertencia para permanecer vigilantes en la espera del Señor, el evangelio nos pone el ejemplo de las lámparas encendidas para esperar al novio, recordándonos la parábola de las diez doncellas. El discípulo tiene que permanecer vigilante y *«con la cintura ceñida»*, o sea sin establecerse, dispuesto a marchar, a seguir a Jesús.

También nos recuerda el evangelio que somos ciudadanos del Reino, pero no dueños, simplemente administradores y al administrador lo que se le exige es fidelidad tenemos que permanecer fieles y la fidelidad se traduce en responsabilidad y el evangelista nos expresa diciendo: *«Al que mucho se le dio, mucho se le exigirá; al que mucho se le confió, más se le exigirá»*.

Esta frase nos recuerda la parábola de los talentos y nos pide que reconozcamos los dones que el Espíritu de Dios nos ha dado y que estos dones los tenemos que poner al servicio de los demás, al servicio de la edificación del Reino de Dios. Pues que como los personajes del AT que nos presenta la carta a los Hebreos y tantos modelos de fe que, a lo largo de la historia, ha habido y hay en la Iglesia, sepamos vivir de verdad, como discípulos, en desprendimiento, vigilancia y fidelidad.

Se dice que una de las expresiones más frecuentes en la Sagrada Escritura, cuando Dios entra en comunicación con alguien o cuando le encomienda alguna misión particular, comienza con la invitación a dejar de lado el temor: *«No temas María»*. *«José, no temas recibir a tu esposa...»*. *«¿Por qué tienes miedo?»*. *«No temas; soy yo»*. *«No tengas miedo, yo he vencido al mundo»* ... Muchas veces la Palabra de Dios nos invita a no tener miedo. Hoy, es Jesús el que nos invita a nosotros, que somos su *«pequeño rebaño»*, a que no tengamos miedo y, la razón que nos ofrece para dejar de lado nuestros temores es extraordinaria: *«porque tu Padre ha tenido a bien darte el Reino»*. Dios está con nosotros, Dios está de nuestra parte; por lo tanto, no hay nada que temer.

Muchos factores son los elementos que condicionan nuestra forma de ser: nuestro nombre y el de nuestros familiares, empezando por el de nuestros padres, que nos dan sus apellidos; nuestro lugar de origen, nuestro lugar de residencia, los estudios realizados, nuestra experiencia profesional y muchas otras cosas más... Se dice que todo eso nos da identidad. Para un creyente, su identidad también está constituida por la certeza de saberse hijo de Dios, de que Dios le ha hecho parte de su Reino, de que es alguien que forma parte, por pura gracia, de eso que Jesús hoy denomina *«rebaño mío»*. Y esta identidad, fruto de nuestra fe, nos hace capaces de superar nuestros temores, aunque no nos exima de nuestro trabajo.

Solo así se entiende la invitación a poner nuestro corazón donde de verdad está nuestro tesoro. Todo es prescindible, mientras Dios esté de nuestra parte. Por eso, no sirve de nada atesorar muchas cosas en la tierra si al mismo tiempo no estamos tratando de hacernos un tesoro donde todo es permanente y no transitorio.

¿Cuál es tu tesoro? Tu cónyuge, tus hijos, tus conocimientos, tus relaciones, tu trabajo, tus logros, tu salud, tu tranquilidad, tus recursos, tus posesiones... Eso y mucho más forma parte de tu tesoro, pero es preciso estar en vela, mantenernos alerta, estar vigilantes, para guardarlo allí donde no llega el ladrón ni carcome la polilla. Todo eso lo hemos recibido como don de nuestro Padre y, además nos da su Reino. Por eso nos debemos decir unos a otros: *“Mantente firme en la Fe. Mantente atento en la Esperanza. Mantente eficaz en el Amor”*. Y, cuando sea necesario recordemos juntos las palabras de Jesús: *«No temas, rebaño mío»*.